

RECENSIÓN DE / REVIEW OF: Robert Chapman. *Archaeological Theory: The basics*. Routledge. Abingdon-Nueva York, 2023, 182 pp., 1 figura y 6 tablas. ISBN: 978-1-138-10123-4. DOI: <https://doi.org/10.4324/97811315657097>

Gonzalo Ruiz Zapatero^a

La teoría arqueológica ha sido la gran olvidada de la arqueología hasta los años 1960, en los que la irrupción de la *New Archaeology* construyó el paradigma dominante. Luego ha competido agriamente con la más joven arqueología postprocesual, especialmente en las décadas de 1980 y 1990 –las “dos tribus” de un texto del propio Chapman–, y también, aunque con menos acritud, con la arqueología materialista histórica. Por último, la beligerancia dura ha ido amainando en los últimos tres lustros. Con un cierto abandono militante de los paradigmas dominantes –procesual, postprocesual, evolucionista y marxista–, con la emergencia de múltiples cuestiones teóricas de “segundo nivel” y una propuesta de más colaboración y diálogo que llega a pedir explícitamente “no más guerras teóricas”, por favor (Hegmon, 2005). Hoy, el paradigma teórico dominante es precisamente la ausencia de paradigma dominante.

En ese contexto este libro pretende orientar en la comprensión de lo que es la teoría arqueológica, cómo funciona y cuál es el rango de teorías empleadas en la arqueología actual. Está escrito principalmente para lectores/as noveles en arqueología, sin necesidad de conocimientos previos, y presenta la teoría arqueológica de forma selectiva y clara, con casos de estudio que muestran cómo se usa la teoría en la práctica. Y lo hace muy bien. En todo caso, la principal reserva desde una teoría arqueológica no-anglosajona es que en poco más de 150 páginas, de formato pequeño, la tarea es muy compleja; el autor sale bien parado del intento, aunque son muchas las páginas en las que la densidad conceptual del texto hace dificultosa su lectura. Y pensando en la universidad española me temo que la resiliencia estudiantil tiene sus límites. Se me ocurre que la única alternativa solo podría ser un texto más extenso y con ilustraciones, pero entonces no encajaría en la serie de la editorial Routledge, *The basics*, concebida como un útil punto de partida para que los y las estudiantes accedan a la comprensión de un tema concreto, en un formato coherente, claro y libre de jerga. Las editoriales también imponen sus constricciones. Y esta obra es

–nada más pero también nada menos– una guía introductoria, ordenada, crítica, ponderada y que estimula ulteriores lecturas.

Controlar el vasto territorio de la teoría arqueológica de los últimos 50 o 60 años no resulta tarea al alcance de cualquiera. Pero Bob Chapman, catedrático emérito de Arqueología en la Universidad británica de Reading, ha desarrollado una exitosa y larga trayectoria investigadora centrada en el surgimiento de las desigualdades sociales y la teoría arqueológica de las sociedades de la Prehistoria tardía, incluyendo la península ibérica. Y frente al indudable valor de enciclopedias, síntesis y *handbooks* de autoría colectiva, las visiones de un solo autor siguen teniendo un gran interés, especialmente cuando éste es dueño de un conocimiento arqueológico acumulado de décadas, posee una amplia panorámica de un área específica y concede la importancia debida al estudio comparativo de las comunidades prehistóricas. Y ese es el caso del Prof. Chapman.

El crecimiento exponencial de la teoría arqueológica y su valor, en el último medio siglo, ayuda a explicar la aparición de estudios monográficos sobre este tema. Acaso convenga aceptar que la auto-reflexión sobre la materia arranca de la obra seminal de B. Trigger (1989), a la que siguen hitos relevantes como los libros colectivos de Preucel y Hodder (1996), Hodder (2012) y Harris y Cipolla (2017); y como síntesis personal la valiosa aportación de Johanson (2020). Este libro se inscribe en esa tradición, que cuenta con versiones sintéticas –y aún divertidas– como la de Praetzelis (2023) o supuestamente ‘para-arqueológicas’, sinceras y muy personales como el libro de Fogelin (2019), restringido eso sí a la arqueología americana. Este recensionista ha seguido desde los primeros años de la década de 1980 la lectura de estas referencias básicas –y bastantes más–, lo que permite una reflexión doblemente crítica. Se trata de una suerte de lecturas lejanas, ‘fermentadas’, con recuerdos selectivos de hace décadas que quedan en nuestro interior, pero que con la relectura se activan de manera dife-

^a Departamento de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid. ORCID iD y correo e.: <https://orcid.org/0000-0002-3871-3458> gonzalor@ghis.ucm.es

rente a la de una lectura primigenia. Lo he llamado en alguna ocasión bibliografía vivida ‘apretada’.

El libro se estructura en un prefacio, seis capítulos de extensión más o menos parecida, la lista bibliográfica y un índice final, temático y de autores. La estructura es muy didáctica pues cada capítulo lleva una serie de ‘textos-caja’ –28 en total– que amplían o ejemplifican casos y aspectos de la investigación, muy ligados al texto principal y que actúan como facilitadores de lectura. Además, al final de cada capítulo se incluye un buen resumen, seguido de una breve, pero muy útil, bibliografía comentada. Hay 6 tablas intercaladas en texto. Finalmente, una pequeña crítica desde mi punto de vista: el libro solo tiene una figura, y no fundamental, por cierto. Simplemente con 5 ó 6 diagramas bien elaborados que resumieran los principales paradigmas teóricos hubiera sido suficiente y sería un excelente complemento del texto. Pero creo, una vez más, que las restricciones editoriales explican esta cuestión. Las ilustraciones, además de reforzar la narrativa, constituyen ‘oasis de descanso’ de la lectura que en este caso no resulta demasiado fácil. La arqueología precisa de imágenes y en muchas ocasiones ni siquiera reflexionamos sobre su origen, valor y significado, máxime en tiempos de inundación de herramientas digitales que ignoran la profunda historia de la visualización en nuestra disciplina (Oppeghaffen, 2021).

El primer capítulo destaca cómo, a pesar de la atracción del trabajo de campo y de laboratorio en arqueología, lo definitivo es la interpretación de los datos elaborados; convertir la evidencia material del pasado en narrativas escritas. Se subraya que la repetida analogía de reconstruir el pasado como el proceso de ir encajando piezas en un *puzzle* es equivocado, sencillamente porque nunca tenemos todas las piezas y hay más de una imagen reconstruible. La observación y la interpretación actúan simultáneamente desde el mismo trabajo de excavación arqueológica; no es posible dissociarlas porque práctica y teoría están inevitablemente entrelazadas. Como señaló Ian Hodder, la interpretación se produce ya ‘en el filo del paletín’; y eso no es postprocesual. Ha sido siempre así y lo seguirá siendo. Frente a las quejas absurdas del exceso de teoría por parte de algunos arqueólogos y arqueólogas, necesitamos la teoría para estructurar e interpretar la evidencia arqueológica. La teoría, desde los años 1960, con la aparición de la *New Archaeology*, luego llamada arqueología procesual, contiene tres niveles: teorías de alto nivel –los paradigmas, escuelas o tipos generales–, las de rango medio, para conectar datos con los paradigmas generales, y las de bajo nivel. Conviene destacar que la teoría arqueológica es necesaria por cuatro razones fundamentales: 1) construir interpretaciones coherentes, 2) explicitar los procedimientos de trabajo con sus fortalezas y debilidades, 3) canalizar

la investigación para poder hacer nuevas preguntas y obtener nuevos datos, y 4) explicitar nuestra propia perspectiva social, económica y política para ver cómo influye en los temas que elegimos investigar, las teorías que empleamos y las interpretaciones que construimos. Además, la filosofía de la ciencia ha inspirado reflexiones sobre la Ontología, la Epistemología y aún el propio registro arqueológico (Lucas, 2012), fundamentales para el cuerpo expandido de la teoría.

Hasta los años 1960 prácticamente la única teoría arqueológica fue la histórico-cultural. En las décadas de 1960 y 1970 la arqueología procesual devino en la teoría emergente y desde 1980 la arqueología postprocesual, con su énfasis en el simbolismo, la significación activa de la cultura material y el individuo, se convirtió en el gran competidor. Pero la tradición materialista histórica, el pensamiento marxista, aunque minoritario, fue en esas mismas décadas levantando una teoría arqueológica sólida, con diversas escuelas y con gran influencia en el debate. En los últimos 60 años muchos arqueólogos y arqueólogas se han convertido, en palabras de Chapman, en ‘depredadores’ a la búsqueda y consumo de teorías.

El capítulo más fuerte, probablemente, sea el segundo dedicado a la arqueología marxista, y aquí me parece importante señalar que más allá de los estudios más o menos ortodoxos de este paradigma, el materialismo histórico ha influido poderosamente en muchos aspectos y cuestiones en profesionales que personalmente no se adscribirían a esta etiqueta teórica. Y además, como indica el autor, generalmente las síntesis de teoría marxista han sido selectivas y breves y eso cambia sustancialmente con el contenido de este capítulo, que demuestra que el legado de Marx ‘está vivo y pateando’. Se plantea muy correctamente que el abordaje del marxismo en arqueología precisa tres tareas: 1) desvelar las simplificaciones y manipulaciones de lo que realmente es el pensamiento marxista; 2) una relectura atenta y crítica de los textos fundacionales del pensamiento marxiano y de los posteriores de la tradición marxista; y 3) un análisis de la recepción de la teoría marxista en diferentes tradiciones arqueológicas.

La relectura de los textos clásicos, implica, además, el análisis del pensamiento chilleano –de alguna manera la primera aproximación crítica desde la arqueología–, las distorsiones del marxismo teleológico y de ‘cita-continua-de-gurús’ de la antigua URSS, y los estudios historiográficos abiertamente esclarecedores de MacGuire (2002) y Patterson (2003). Chapman pasa revista a conceptos –y casos de estudio–, como la producción económica y las relaciones sociales, la propiedad privada, la clase en sociedades pre-capitalistas, las ‘economías de prestigio’ y los sistemas-mundo, el papel de la ideología y el surgimiento de los estados, entre otros más. Pero el tercer punto,

por el débil tratamiento de tradiciones arqueológicas ‘minoritarias’, queda peor esbozado, especialmente porque la única versión marxista en arqueología que se ofrece es la anglosajona. Fuera queda la arqueología social latinoamericana (Tantaleán y Aguilar, 2012), que en los últimos 45 años ha producido enfoques marxistas con pensamiento propio muy interesantes –de autores como Lumbreras, Montané, Gándara, Bate y Manzanilla entre muchos otros–, y también la tradición marxista en España, con investigadores como Lull, Vicent, Díaz-del-Río, Risch, Micó y Ruiz Rodríguez, entre otros, cuyas publicaciones, mayoritariamente en castellano, no existen para la arqueología monolingüe en inglés. Como también queda fuera el marxismo soviético (Klejn, 1994) y postsoviético con autores brillantes como Klejn (2001), en su muy recomendable *Metaarchaeology*, que recoge una tradición teórica propia y singular, que conoce la teoría anglosajona, pero la procesa a la luz de otro paradigma.

El capítulo 3 aborda el pensamiento evolucionista y el legado darwinista, señalando su influencia crucial en la arqueología desde finales del siglo XIX. Pero su incorporación explícita a la arqueología solo arranca de los estudios antropológicos de clasificación de sociedades humanas con los esquemas neo-evolucionistas de Service (1962) y Fried (1967), con la dificultad –que persiste hoy día– de acotar el concepto de complejidad, el significado real y la diversidad de las denominadas ‘sociedades complejas’. Será a partir de finales de los años 1970 cuando en arqueología empiece a prosperar un amplio grupo de arqueologías evolucionistas (bien radiografiadas en Matzig *et al.*, 2023): la ecología cultural humana, la “teoría de optimización del forrajeo”, la *signaling theory*, los estudios de transmisión cultural (una de las aproximaciones más interesantes hoy día) o la psicología evolutiva que influyó poderosamente en la versión de la arqueología cognitivo-procesual bien abanderada por Renfrew. Esta última aproximación explora el fascinante tema de la evolución de la mente humana, bien analizado en estudios de Mithen, aunque no se cita un libro fundamental y muy claro sobre el tema: el de Renfrew (2007) *Prehistory: The Making of Human Mind*. Los textos-caja con una buena diversidad de casos de estudio se resienten un poco de la brevedad extrema y la ausencia de ilustraciones.

La exploración detallada de lo que es cultura y cultura material ocupa el denso capítulo 4. De alguna manera aquí asistimos ya al inicio de la explosión de teorías arqueológicas más allá de los paradigmas tradicionales considerados al principio. De la diversidad de acepciones de cultura es fundamental destacar que en arqueología interesa la dimensión específica de que la cultura es socialmente transmitida. Por su parte resulta clave considerar que la cultura material es simultáneamente un producto material y una parte sustancial

de la cultura. La reflexión sobre la cultura material se incrementa con las aproximaciones postprocesuales. Como indicador académico y cronológico, la revista *Journal of Material Culture* se fundó en 1996 y más recientemente la universidad de Cambridge estableció el *Material Culture Research Hub*, un clúster de investigación abierto y dinámico (<https://www.arch.cam.ac.uk/research/laboratories/material-culture>). La atención se focaliza en las aplicaciones estructuralistas y posestructuralistas, los conceptos de *agency* (Giddens) y *habitus* (Bourdieu), los desarrollos de la *actor-network theory* y el *agent-based modelling*, el concepto de memoria social –incluyendo por supuesto las prácticas rituales– y las ‘biografías’ de sitios y objetos arqueológicos. Por último, se abordan las identidades, etnicidad, y con más énfasis, el feminismo y las identidades de género y sexuales. Y ante las ganas de más texto, también aquí, hay que recordar que se trata de una breve introducción selectiva y ese trabajo se ha logrado al 100 %.

En las últimas dos décadas los arqueólogos y arqueólogas han abrazado un elenco de nuevas aproximaciones teóricas –tanto procesuales como postprocesuales– para (re)pensar de forma diferente el pasado como ‘otros mundos’, intensificando así una época de fragmentación teórica exponencial. Estas nuevas propuestas se recogen bajo el paraguas de ‘arqueologías relacionales’ y se escrutan en el capítulo 5. El punto de partida, la nueva palabra mágica, es la ‘materialidad’. Para buscar otros horizontes hay que superar los dualismos del modernismo (y del posmodernismo) y enlazar con una cuestión no considerada anteriormente: la experimentación del cuerpo humano, cómo el cuerpo ha sido socialmente construido y cómo se ha relacionado con el mundo. De ahí la aproximación fenomenológica y los sentidos, siguiendo el viejo axioma de Heidegger de la forma de ‘estar-en-el-mundo’ (*Dasein*). La fenomenología empezó en arqueología por la experimentación del paisaje, pero fue seguido por muchas otras cuestiones relacionadas con las sensorialidades (Skeates y Day, 2020), un ámbito, por cierto, en continuo crecimiento. El surgimiento de conceptos como *personhood*, la arqueología simétrica, el poshumanismo, la teoría poscolonial, el pensamiento *assemblage* y la teoría del *entanglement* propuesta por Hodder cierran el conjunto de desarrollos teóricos más recientes. Todos se centran en aspectos ontológicos y constituyen buenos ejemplos del pensamiento relacional.

La obra se cierra con una reflexión final, tras algo más de 60 años de transformación de la arqueología por la teoría: ¿Podemos aventurar cuáles serán los desarrollos teóricos para la próxima década? Sin bola de cristal y sin viajes en el tiempo solo queda proponer algunas sugerencias y cuestiones a la luz de la historia de la teoría arqueológica y su panorama actual. La

diversidad teórica actual debe entrañar riqueza disciplinar, no etiquetas simplistas y simplificadoras, sino pensamiento teórico reflexivo y en continua tensión. Es presumible que las siguientes tendencias se mantendrán y crecerán, constituyendo una suerte de decálogo esperable: 1) seguirá el estudio de desarrollos teóricos en disciplinas próximas –y no tan próximas– de la arqueología; 2) se analizarán las teorías emergentes en arqueología sin abandonar el conocimiento de las antiguas; 3) las aproximaciones relacionales desarrollarán su diversidad interna, así por ejemplo el concepto de ‘trazas’: la tensión existente entre los restos materiales en el presente y el pasado representado tiene interesantes implicaciones epistemológicas que apenas han sido exploradas (Routledge, 2024); 4) se estudiará el tiempo del pasado y el refinamiento de su determinación para elaborar distintas escalas temporales en las que inscribir las historias de las comunidades desaparecidas; 5) será necesario mantener ante la creciente diversidad teórica una idea central: todas las aproximaciones teóricas comparten el mismo fin, a saber, la producción de conocimiento histórico sobre el pasado a través de la materialidad social; 6) la traducción de evidencias materiales en palabras prestará creciente atención al análisis de los discursos textuales –con diferentes enfoques, descriptivos, narrativos y argumentativos y otros–; los textos escritos han adoptado en los últimos años más diversidad que nunca. Y aquí me permito insistir en que el estudio de la experimentación con imágenes, el estudio de su historia pasada incluso más allá de la arqueología del siglo XVIII y la creación de nuevas expresiones visuales que solo lleva unos años iniciándose será un componente decisivo en el próximo futuro (Opgenhaffen, 2021). Porque las imágenes construyen y sintetizan conocimiento sobre el pasado. Y así como existe una ecdótica de los textos antiguos se deberá construir una ecdótica de las imágenes arqueológicas antiguas; 7) la demanda de arqueología popular crecerá e incrementará los medios y canales de difusión, pero eso no deberá mermar su complejidad explicativa; 8) las agendas políticas intentarán controlar y mediatizar los discursos arqueológicos, especialmente con los pasados a medida y los saqueos parciales y descontextualizados del pasado para construir identidades en el presente, en los que la paleogenética constituye un campo cada vez más delicado y necesitado de atención crítica; 9) se valorará la importancia de los contextos institucionales donde se enseña e investiga la arqueología, recuperando el verdadero valor de la enseñanza y la pedagogía para reequilibrar el mayor peso otorgado usualmente a la investigación. Qué se enseña, quiénes lo hacen y cómo lo hacen tiene también una dimensión teórica, lo mismo que las barreras idiomáticas y las tradiciones *mainstream* y las *minorities*. Por último, 10) habrá esfuerzo en (re)conocer la

nueva diversidad teórica, porque el mundo futuro de la arqueología, en palabras de Chapman, “será uno de pluralismo y diversidad productiva y debate enriquecedor, todo modelado por los contextos intelectuales, políticos, institucionales y económicos en los que vivimos” (p. 158).

El libro contiene 380 referencias bibliográficas, pertinentes todas ellas y de una vida media –por fecha de publicación–, bastante aceptable. Su valor se complementa con una bibliografía básica comentada al final de cada capítulo. Del elenco de títulos resulta muy claro el aplastante predominio anglosajón –cierto que inevitable de cualquier forma–, pero que deja fuera algunas de las pocas contribuciones teóricas de otras tradiciones arqueológicas, por más que el autor señale en su prefacio que ha incluido referencias y ejemplos de otros regiones y países. Ciertamente, pero bien pocos. Por ejemplo, la arqueología alemana –o mejor en lengua alemana–, paradigma de la arqueología tradicional o histórico-cultural, desde hace unos años ha cambiado, y aunque tímidamente, ha abandonado la sombra de la arqueología teórica anglosajona y desarrollado líneas de pensamiento propias (Hofmann y Stockhammer, 2017). Los autores más citados por número de entradas son: Hodder (18), Binford (7), Callinicos (7), McGuire (7), Ingold (7), Gosden (6), Renfrew (6), Trigger (6) y Thomas (5). Resulta así evidente quién establece la agenda de la teoría arqueológica. Ampliar un poco el espectro de tradiciones hubiera permitido añadir libros como los del checo Neustupný (2009) y del ruso Klejn (2001), ambos en inglés y el segundo especialmente interesante por cuanto –como he señalado más arriba– expone una matriz teórica con identidad propia. A ellos se podría añadir, en español, el excelente libro del chileno afincado en México L. F. Bate (1999). Las referencias españolas se reducen a unos pocos trabajos de V. Lull y R. Risch, que aparte de su indudable valor intrínseco se explican también por la estrecha colaboración del autor con ellos en varios proyectos, y además están escritos en inglés. Y un último detalle: en las referencias de Marx y Engels hubiera merecido la pena poner entre corchetes la fecha de la edición original primera por aquello de contextualizar mejor sus trabajos.

La teoría arqueológica, según Johanson (2020, p. 283) es como ir al dentista: no es agradable pero sí saludable y evita problemas futuros; y además es bueno conocer distintos dentistas para elegir el mejor. En su opinión la teoría no es el único elemento importante de la arqueología moderna pero sí uno de los esenciales. Por su parte Praetzelis (2023, p. 1) asegura que la teoría es como la parte de comer tus vegetales de la arqueología; todo el mundo dice que es bueno y saludable, pero hacerlo no parece muy divertido. En fin, la teoría no es *Excalibur* y los arqueólogos y arqueólogas no extraen la teoría de una piedra para

blandirla y subyugar con ella al registro arqueológico (Fogelin, 2019, p. 4). Pero me atrevo a sugerir que la teoría –sea para resolver un dolor de muelas o por seguir una dieta vegetariana– necesita, además, que cada arqueólogo/a descubra tres cosas: que puede ser apasionante, que es importante y que resulta imprescindible. La teoría es el corazón de la arqueología y sin teoría esta no tiene alma.

El libro de Bob Chapman es un formidable atlas de rutas para la teoría de la arqueología actual y la de los años venideros. Y lo es por tres razones fundamentales: la dilatada experiencia y amplitud de lecturas del Prof. Chapman, por ser la bibliografía manejada una ‘bibliografía vivida’ –es decir, con títulos leídos y ‘procesados’ en su día en paralelo con su investigación, a lo largo de las cinco últimas décadas–, y finalmente por su ponderación y sentido pragmático, porque la teoría debe servir para hacer una práctica arqueológica más sólida, más fundamentada y más autoconsciente de sus enormes posibilidades en el estudio del pasado (Urban y Schortman, 2019). Un libro imprescindible para toda la comunidad arqueológica a punto de cumplirse el primer cuarto del siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA

- Bate, L. F. (1998). *El proceso de investigación en arqueología*. Barcelona: Crítica.
- Fogelin, L. (2019). *An Unauthorized Companion to American Archaeological Theory*. https://www.academia.edu/109310616/An_Unautho-

- ized Companion to American Archaeological Theory PDF&nav_from=6ca98799-71ce-4fb2-82ae-0e5a1941f4d4&rw_pos=0
- Harris, O. J. T. y Cipolla, C. (2017). *Archaeological Theory in the New Millennium: Introducing Current Perspectives*. Londres: Routledge.
- Hegmon, M. (2005). “No More Theory Wars: A Response to Moss”. *American Antiquity*, 70 (3), pp. 588-590.
DOI: <https://doi.org/10.2307/40035316>
- Hodder, I. (Ed.) (2012). *Archaeological Theory Today* (2ª ed.). Cambridge: Polity Press.
- Hofmann, K. P. y Stockhammer, Ph. W. (2017). “Beyond antiquarianism. A review of current theoretical issues in German-speaking prehistoric archaeology”. *Archaeological Dialogues*, 24 (1), pp. 1-25.
DOI: <https://doi.org/10.1017/S1380203817000022>
- Johnson, M. (2020). *Archaeological Theory: An Introduction*. (3ª ed.). Oxford/Hoboken: Wiley-Blackwell.
- Kleijn, L. (1994). *La arqueología soviética: historia y teoría de una escuela desconocida*. (Prólogo, G. Ruiz Zapatero). Barcelona: Crítica.
- Kleijn, L. (2001). “Metaarchaeology”. *Acta Archaeologica*, 72 (1), pp. 1-149. DOI: <https://doi.org/10.1034/j.1600-0390.2001.d01-15.x>
- Lucas, G. (2012). *Understanding the Archaeological Record*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Matzig, D. N., Schmid, C. y Riede, F. (2023). “Mapping the field of cultural evolutionary theory and methods in archaeology using bibliometric methods”. *Humanities and Social Science Communications*, 10, 271. DOI: <https://doi.org/10.1057/s41599-023-01767-y>
- Opgenhaffen, L. (2021). “Visualizing Archaeologists: A Reflexive History of Visualization Practice in Archaeology”. *Open Archaeology*, 17, pp. 353-377. DOI: <https://doi.org/10.1515/opar-2020-0138>
- Praetzelis, A. (2023). *Archaeological Theory in a Nutshell* (2ª ed.). Nueva York-Londres: Routledge.
- Preucel, R. W. y Hodder, I. (1996). *Contemporary Archaeology in Theory*. Oxford: Blackwell Publishers Ltd.
- Routledge, B. (2024). “An Archaeology of Traces”. *Cambridge Archaeological Journal*, 34 (2), pp. 339-352.
DOI: <https://doi.org/10.1017/S095977432300029X>
- Skeates, R. y Day, J. (Eds.) (2020). *The Routledge Handbook of Sensory Archaeology*. Abingdon: Routledge.
- Tantaleán, H. y Aguilar, M. (Compil.) (2012). *La arqueología social latinoamericana: de la teoría a la praxis*. Bogotá: Universidad de Los Andes.
- Urban, P. A. y Schortman, E. (2019). *Archaeological Theory in Practice* (2ª ed.). Nueva York: Routledge.